

Recorridos guiados y de esparcimiento La aventura revolotea con los quetzales

Desde el 2006, unas 4.000 hectáreas se unieron al territorio de áreas protegidas del país. El Parque Nacional Los Quetzales ofrece una inyección de la más pura Madre Naturaleza, y para conocerlo solo falta ir a Dota Por Gustavo Sánchez

Tome nota que para esta aventura necesitará zapatos ideales para terrenos difíciles, ropa impermeable, uno que otro abrigo, pero, sobre todo, estar sediento de un entorno natural y con deseos de explorar.

Si ya empacó, dirija su rumbo en dirección al cantón de Dota, exactamente en el kilómetro 76.5 de la carretera Interamericana Sur. Ahí se encuentra el Parque Nacional Los Quetzales, un refugio, no solo para estos multicolores seres, sino para más de 120 especies de aves (incluidas 14 endémicas), un número importante de animales silvestres y una incontable flora. Todo ello, propios del páramo costarricense.

Al llegar a la zona, el clima característico del macizo del Cerro de la Muerte –lugar donde se ubica el parque nacional–, puede enfriar el cuerpo, más no el espíritu de quienes se regocijan con el más íntimo contacto natural.

Para disfrutar de dicho contacto, nos fuimos a este lugar.

¡A caminar! Dato importante: el área cubre una extensión de 4.000 hectáreas. Se espera que para finales de este año se sumen 3.300 hectáreas más a la zona protegida.

Aunque el parque abre sus puertas a las 7:30 a. m., el personal a cargo del lugar indicó que los recorridos por los diferentes senderos se pueden comenzar, incluso, antes de esa hora.

El parque ofrece cuatro senderos, aparte de uno específico para giras educativas. Próximamente, planean abrir uno especial para personas con algún tipo de discapacidad. El mismo consistirá en un recorrido de 214 metros en los alrededores de un lago, según comentó Arsenio Argüello, director general del parque.

Los dos primeros senderos (Ojo de Agua y Camino a Providencia) son ideales para la observación de aves y se abren camino en medio de un bosque de roble.

Los otros dos (Aventura y Cerro Frío) son para los más intrépidos y requieren de una buena condición física para realizarlos. Recorrerlos toma entre cinco y siete horas.

Para aprovechar la visita, escogimos uno de los más cortos. Para muchos naturalistas aficionados, el placer de la identificación de las aves y quizá su fotografía era suficiente recompensa. Nosotros en cambio nos conformamos con ver alguno de los seres vivos que habitan la zona.

Le adelantamos que, en el caso de las aves, las mejores horas para observarlas es de 5:30 a 9 a. m. y de 2:30 a 4 p. m., principalmente por sus hábitos alimenticios.

Pero no solo quetzales, gilgeros, escarcheros o colibríes se pueden apreciar por estas tierras. Con un poco de suerte, pumas, saínos o dantas –entre otros–, podrían quedar plasmados en su cámara fotográfica o de video.

Y si del todo –como fue lo que nos sucedió–, no llega a ver muchas especies, no se preocupe que tiene naturaleza de sobra para admirar.

Extensos robledales, impresionantes árboles milenarios (de 35 a 40 metros de alto), campos de bromélias y orquídeas, así como un recurso hídrico omnipresente se convierten en un manjar visual incomparable.

Y es que en el lugar nacen cinco de los principales ríos que abastecen la región y que llegan a desembocar en el Océano Pacífico, como lo son el Parrita, Naranjo, Savegre y Humo. Un lago y varias cataratas completan este paraíso natural.

Comunidades. De igual manera, de la creación del Parque Nacional Los Quetzales (en el 2006, aunque la inauguración oficial fue el 9 de julio del presente año) nació una estrecha relación entre el área de protección y las comunidades que colindan.

Poblaciones como San Gerardo, Jaboncillo, División y Copey ya se ven beneficiadas con este parque. “La zona atrae turismo y nosotros no solo ayudamos de manera voluntaria en su protección, sino que hemos creado negocios afines para atender a los visitantes”, afirmó Jorge Serrano, guía del parque y dueño del albergue de montaña Paraíso del Quetzal.

Junto a su familia, Serrano es propietario de unas acogedoras cabañas y un restaurante-mirador con vista a su nueva inversión: el parque nacional.